



HERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, Ángel. “La huerta encantada: cuentos folclóricos en *Memoria de una Arcadia*, de Francisco Sánchez Bautista”. *Culturas Populares. Revista Electrónica* 4 (enero-junio 2007), 27pp.

<http://www.culturaspopulares.org/textos4/articulos/hernandezfl.pdf>

ISSN: 1886-5623

**LA HUERTA ENCANTADA:
CUENTOS FOLCLÓRICOS EN *MEMORIA DE UNA ARCADIA*,
DE FRANCISCO SÁNCHEZ BAUTISTA**

Ángel Hernández Fernández

Resumen

En este artículo se reúnen, catalogan y estudian los cuentos folclóricos incluidos en *Memoria de una Arcadia (La Huerta de Murcia)*, de Francisco Sánchez Bautista, libro que hasta ahora no ha sido suficientemente conocido y valorado por los investigadores de la literatura oral. Se ofrecen también algunas orientaciones para el aprovechamiento didáctico de los cuentos en la Enseñanza Secundaria.

Palabras clave: Francisco Sánchez Bautista, *Memoria de una Arcadia*, Huerta de Murcia, cuentos folclóricos, cuentos de animales, cuentos maravillosos, cuentos religiosos, leyendas, didáctica del cuento, Enseñanza Secundaria.

Abstract:

This paper locates, classifies and analyzes the folktales included in Memoria de una Arcadia (La Huerta de Murcia) by Francisco Sánchez Bautista, a book which the oral literature scholars had paid little attention to. This study also poses some ideas for the didactic use of folktales in Secondary Education.

Keywords: Francisco Sánchez Bautista, *Memoria de una Arcadia*, Huerta de Murcia, *Folktales, Tales of Animals, Religious Tales, Legends, Teaching folktales, Secondary Education.*

Memoria de una Arcadia¹ es una hermosa elegía a la huerta de Murcia, esa huerta ya hoy prácticamente desaparecida bajo la presión del desarrollo urbanístico incontrolado y el abandono de la agricultura tradicional. Francisco Sánchez Bautista traza en su libro una lírica evocación de esa perdida Arcadia, de ese paradisíaco paisaje en otro tiempo repleto de verdura y frutales regados con

¹ Editada en Murcia: Academia «Alfonso X el Sabio», 1994.

abundante y límpida agua, que ahora, polvorientos y descuidados (los que han podido sobrevivir a la impía exterminación del hombre), agonizan agostados por la sed y la pronta amenaza del ladrillo o el asfalto.

Memoria de una Arcadia (La Huerta de Murcia) es un libro diferente a los que tradicionalmente se han escrito en Murcia. Se aleja deliberadamente del costumbrismo ramplón que ha caracterizado buena parte de la literatura regional, aplicada machaconamente a la recreación de un tipo ideal (el huertano), tópico e intemporal, y de su habla (ese *panocho* artificial e inexistente del que aún hoy no hemos podido librarnos). Sánchez Bautista, en cambio, abandona en su obra la descripción de tipos humanos no porque ignore los trabajos y estrecheces de la vida, ni la angustia del ser que está sujeto al devenir, sino porque su objetivo primordial consiste en recrear una naturaleza perfecta que efectivamente existió y que, ajena a las penas y alegrías humanas, se mantuvo perfecta e inalterable durante siglos hasta que la mano devastadora del progreso la arrancó de su terruño originario.

Con un lenguaje de clásicas resonancias virgilianas y en una prosa de ritmo y contenido líricos, el autor ha sabido devolvernos literariamente su infancia y la del mundo; ha recreado el mito paradisíaco impregnando las páginas de su libro de una hermosa melancolía, de una serena tristeza por la pérdida irreparable de la belleza y la juventud. Por eso *Memoria de una Arcadia* va mucho más allá de la mera recreación costumbrista de un lugar o paisaje, y su lectura amplía los límites de un interés exclusivamente local para convertirse en obra interesante en cualquier momento y lugar.

Pero además de los valores y méritos literarios que esta obra atesora, para los folcloristas resulta especialmente importante porque incluye varios cuentos folclóricos que, por lo visto, no han sido tenidos en cuenta por los estudiosos de este género. Ejemplo más notorio de este desconocimiento es la ausencia de referencias a *Memoria de una Arcadia* en el catálogo tipológico de cuentos folclóricos hispánicos de Julio Camarena y Maxime Chevalier². Si tenemos en cuenta que el primer volumen de este catálogo, que reúne los cuentos maravillosos, se publicó en 1995 y que el libro de S. Bautista apareció un año antes, parece claro que los dos máximos investigadores del

² *Catálogo tipológico del cuento folklórico español*, 4 vols., Madrid y Alcalá de Henares: Gredos y Centro de Estudios Cervantinos (I, cuentos maravillosos: 1995; II, cuentos de animales: 1997; III, cuentos religiosos: 2003; IV, cuentos-novela: 2003).

cuento tradicional hispano no conocían el libro del autor murciano. Lo que pretendo, por tanto, es, en la medida de mis posibilidades, dar a conocer esta obra a los interesados y estudiosos del folclore y, en general, a cualquier persona, que sin duda no quedará decepcionada por su lectura.

S. Bautista recrea, junto a las magníficas evocaciones del paisaje huertano, la cultura oral que de forma tradicional se ha ido transmitiendo de generación en generación entre las gentes de estos pagos. En especial se detiene en los cuentos y leyendas que él escuchó por vía oral y que ahora reelabora literariamente en su libro. Sin ser una cantidad excepcional, no es ciertamente despreciable el caudal de cuentos que incluye en sus páginas, testimonio importantísimo de la cultura tradicional si tenemos en cuenta la escasez de tales documentos en las letras murcianas. Los relatos que encontramos tratan temas variados y los iré exponiendo aquí siguiendo la clasificación universal de tipos folclóricos de Aarne-Thompson, recientemente revisada por Uther³, y no por el orden en que aparecen en el texto.

Empezaremos con los cuentos de animales. Puede leerse en las páginas 277-284 un largo relato que narra las el infortunio de un lobo que sale a cazar:

LAS DESVENTURAS DEL LOBO QUE
LE CRUJIÓ LA COLA⁴
(Casi fábula, casi cuento)

Muy de madrugada, todavía llozco, cuando las sombras emborrian el paisaje, erraba por trochas y barrancos el señor Lobo. Y es que, al mediar la noche, tuvo un sueño venturoso. Por eso, al levantarse para emprender sus correrías por ramblizos y descampados, les dijo a su señora Loba y a sus hijitos, los lobeznos: «Hoy me he levantado con buen pie, pues nada más echarlos en tierra me ha crujido la cola. Y esto, queridos, es señal de buena suerte».

Y, como vengo diciendo, salió a los caminos y majadas en busca de rabadanes descuidados, de aquellos que olvidan a sus ovejas y maltratan a sus perros. Lo primero que encontró fue a Blasa la madrugadora, una campesina que guardaba en la puerta de su horno una

³ Véase Hans-Jörg Uther, *The Types of International Folktales. A Classification and Bibliography (Based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson)*, Parts I-III, Helsinki: Academia Scientiarum Fennica, 2004.

⁴ Este relato, casi fábula, casi cuento, me lo contaba mi abuelo paterno y también mi padre, haciendo las delicias de mi lejana niñez.

Al recrearlo nuevamente, casi con las mismas palabras que ellos me lo contaban, he vuelto a encontrar en él más nítidamente el entramado de fábula de Esopo y otros añadidos de cuentos tradicionales que lo componen.

También hay mucho de la imaginación nativa de mis antepasados. Todo ello hace que *Las desventuras del Lobo al que le crujió la cola*, tenga todavía, y a pesar del tiempo transcurrido, la suficiente magia para emocionarme. [Nota del autor.]

hermosa tabla de oloroso pan recién cocido. Pero como le había crujido la cola, augurio de buena suerte, levantó la pata y, en vez de arrapar los panes, se limitó a mearles desdeñosamente, pues él, el Lobo feroz, no había nacido para estos insignificantes hurtos. Lo suyo, de siempre, había sido más sonado, muchísimo más sanguinario. Y prosiguió alegre y confiadamente su peregrinaje.

A no mucho de allí, se tropezó con una cerda recién parida, que mimaba entre ronclos gruñidos a doce tiernos marranitos, fruto entrañable de su prolífico parto. Al olor de aquellos jugosos lechones, se despertó en el Lobo su carnívora condición de salvaje sin piedad, de criminal alimaña. «Ah, señora Puerca, —dijo abriendo sus rojas fauces— qué rica ocasión me da usted para satisfacer éstas mis lobunas hambres que soliviantan mis escurridas tripas. Llevo desde la media noche caminando y mi apetito es insaciable. Me comeré a sus gorrinitos».

«Piedad, señor Lobo, —dijo doña Cerda—. Permítame siquiera, dueño y señor de estos territorios, que los bautice, y así me sentiré más reconfortada después de que usted los devore. Acerquémonos hasta el río, y allí, mientras usted los suspende del rabito, yo con mi hocico les iré echando agua hasta que queden todos bautizados».

«No me parece mal, porque la idea es feliz y propia de una madre piadosa y honesta», —arguyó el señor bobo, arceciendo la voz con *recochineo*.

Y uno tras otro fueron acercando a los ariscos cerditos hasta las orillas del río. Pero no llevarían más de cuatro bautizados, cuando doña Cerda, en un descuido, empujó bruscamente con su duro hocico al desprevenido Lobo, enviándolo en mitad del río. Mientras que los cerditos y su madre huían a todo huir, el Lobo se esforzaba por ganar la orilla opuesta, esquivando la corriente que lo arrastraba en espumoso remolino hacia un peligroso gorgo.

Tan pronto se repuso de aquel inesperado ataque, prosiguió su camino cuando ya el día empezaba a mostrar sus primeros claros. Y, andando triste y maldolido, al poco, se tropezó con una yegua que pastaba en un verde y oloroso prado de tierna grama seguida de su pequeña potrilla que daba retozos y repullos ajena a cualquier peligro. No así la yegua, que al ver al Lobo no pudo ocultar su pavoroso miedo. Pero sacando astucia de necesidad, empezó a cojear, arrastrando una de sus patas traseras, mientras decía: «Favor, señor Lobo. Sé que nos ha de comer a mí y a mi tierna hijita, pero antes, se lo ruego, arránqueme este agudo clavo que llevo hincado en la pezuña y que me tiene transida de dolor». El lobo miró y remiró a la Yegua, y al fin, broncamente, dijo: «Tú, matalona apergaminada, tienes las carnes magras, duras y zumosas, por lo que no me apetece comerte. No obstante, seré caritativo y te sacaré el clavo para que puedas regresar a tu establo mientras yo me como a tu apetitosa hijita. ¡Ah, qué succulento almuerzo me espera, con las hambres que tengo!».

La señora Yegua levantó su pata, que decía lisiada, en tanto que el Lobo buscaba con sus afilados dientes el posible clavo. Cuando estaba en lo más afanoso de su faena, la señora Yegua le lanzó un par de coces desbaratándole sus mejores dientes mientras quedaba inconsciente tumbado en el suelo.

La señora Yegua y su potrilla tomaron un galope apresurado hasta llegar a casa de su amo. Cuando el Lobo volvió en sí, solo reconoció el engaño, las quijadas magulladas y unos cuantos colmillos de menos. Pero no se arredró. Y continuó su camino, pues creía que su estrella no se había eclipsado, que su esperada ventura gratificaría los más duros reveses.

En estas meditaciones iba cuando a lo lejos divisó dos carneros enzarzados en una pelea por la repartición de unas tierras. Ni corto ni perezoso, poco a poco, como el que ventea un banquete enjundioso con el que acallar las exigencias del bandullo, se fue acercando adonde los dos borregos litigaban por la herencia que su buen padre, ya fallecido, les había dejado sin testar, causa de tantas y acaloradas disensiones.

Sorprendidos por la llegada del Lobo, los dos borregos se apresuraron a suplicarle que les ayudase a deslindar tan engorroso asunto, sirviéndoles de árbitro, pues tenían conocimiento de su prudencia y equidad. El Lobo accedió con la condición que se habría de comer al que llegase el último, pues, ladinamente, les había puesto como requisito que él se pondría en medio de la parcela a dividir. Y así lo hizo.

Esperaba el Lobo haciendo diente anguila a que uno de los dos corderos llegase a él, que servía como hito, con el retraso suficiente para así poder perpetrar sus sanguinarias intenciones. Pero como nadie está en el pellejo de nadie —es decir, en las ocultas intenciones de los demás—, la malicia de los dos carneros coincidió en que toparían al mismo tiempo, cogiendo al Lobo en medio del encontronazo. Y así lo hicieron, después de tomar una briosa carrera opuesta. Del tremendo y doble topetazo, el Lobo quedó descoyuntado y maltrecho en el suelo; mientras, los carneros huían, dando brincos de gozo, al cobijo de sus majadas.

Mientras que el Lobo se iba reponiendo de tan inesperado ataque, (siempre consideró modorros a los borregos) a hurtadillas, derrengado y arrastrándose, buscó abrigo en un lugar apartado y umbroso donde pasar el día. Y allí esperó hasta que, una vez atardecido, emprendió penosamente el regreso a su guarida, desandando el camino que tan alegremente había emprendido en la madrugada de ese mismo día.

Esta vez volvía lisiado y hambriento pensando en la señora Loba y sus pequeños hijos, los lobeznos, y de qué manera más triste, pues se sentía un derrotado, había de presentarse ante su necesitada familia, a la que prometió un hermoso y abundante día, pues le había crujido la cola.

Haciéndose iba estas atribuladas meditaciones cuando recordó a Blasa, la campesina, a la que le había meado el pan por parecerle poco digno de su aventura. Y, sin pensárselo dos veces, allá que volvió por si la encontraba descuidada y podía robarle algo sustancioso que llevar a su familia que le aguardaba más arriba el collado, en el barranco donde tenía su oscura guarida.

Al acercarse a la casa, lo primero que encontró fue la puerta del gallinero abierta. Con el sigilo y la astucia que da el hambre, penetró en él. Pero, ah, traición, el gallo amochuelado, de roja cresta y poderoso canto, alertó del peligro juntamente con el allucado cloqueo de algunas alborotadas gallinas. Blasa la madrugadora, creyendo, como en otras ocasiones, que se trataba algún raposo bajado de las barranqueras, se proveyó de un cortante corvillón y aguardó a que la espantada fierecilla saliese jopada, para cogerla cautamente entre la puerta del gallinero, como así ocurrió. Cuando lo tuvo a tajo, le asestó un enorme corte en los mismísimos huevos que se los sajó inmisericordemente.

Dando lastimosos aullidos de dolor y desconsuelo, llegó el señor Lobo a la oscura entrada de su cueva, donde la señora Loba y sus pequeños lobeznos espera impacientes de hambre y preocupaciones. Tan pronto como lo divisó, la señora Loba, en aullar clamoroso, exclamó: «Desde esta madrugada que saliste tan airoso y confiado, ahora vienes, tranquilón de esposo, cuando el sol traspone, con todos tus huevos».

«¡Ojajajalaaa que los trajera!» —contestó el Lobo en un aullido agudo y prolongado, hecho un mar de llanto y deshecho por el tremendo dolor que lo atenazaba—. Y cayó desfallecido. Su mujer, la señora. Loba, y sus hijos, los lobeznos acarrearón con sus finos hocicos una enorme piedra con la que taparon la puerta de entrada a la cueva, dejando al señor Lobo a la intemperie. Este era el pago recibido por su fracaso. Y fue entonces cuando el Lobo, arrastrándose, se arrimó a un alto pino y empezó a clamar:

«Reniego de mí y de aquél que me dijo arteramente que cuando a uno le cruje la cola le acompaña toda clase venturas durante ese día.

«¿Por qué mi soberbia me llevó a mear desdeñosamente el pan de Blasa la madrugadora, creyendo que esos pequeños robos son más propios de perros rateros, hambrientos y sarnosos y de gatos encanijados que de lobos feroces.

«¿Quién me ha ordenado a mí sacerdote, ni siquiera sacristán ni monaguillo, ni dispensado en cosas de iglesia, para poder bautizar cerditos mugrientos y abubados de robineras y usagres?

«¿Quién me ha hecho a mí maestro albéitar, veterinario de roñas, sacador de clavos, sajador de esparabanes y mullidor de brujones y lupias?

«¿Por qué me metí a picapleitos, a medidor de tierra, a lobo bueno entre borregos codiciosos y litigantes, ruines y arrapadores de herencias paternas?»

«Y, por fin, ¿qué locura fue la mía, la de meterme en un gallinero, trabajo éste que me humilla y me empedaquina ante mis lobunos parientes, pues que sólo este menester está

reservado a los recelosos zorros, cacos de menudencias y ladronzuelos de pusilánimes gallinas?»

«¿A esto vino a parar el temido Lobo sanguinario, el Lobo feroz, terror de las majadas, espanto de los caminantes perdidos en la nevasca, sembrador de pavores en la noche oscura y protagonista único de temerosos cuentos y leyendas?»

Y arreciando en sus terribles aullidos, se maldijo diciendo: «¡Mal rayo caiga y me parta en dos, triste de mí, crédulo de mí, simple de mí, pues torcí mi camino y me dejé llevar como cualquier otro ignorante por la vana superstición de que aquello de crujirme la cola era un augurio venturoso. Cúmplase la voluntad del que está en lo alto, pues, abandonado como estoy de los míos, me niego a vivir huyendo eternamente como un guarduño de los cañares, como un lisiado de los ramblizos, en este afrentoso y miserable estado adonde mi candidez me ha traído!»

... Y un cabrero que a toda prisa cortaba piñas y ramujas en lo alto del pino, al oírlo aullar tantas y tan terribles imprecaciones, dejó caer el hacha partiéndole en dos la cabeza al infeliz Lobo, terminando allí sus trágicas desventuras.

Se trata de un conocido cuento internacional que ha sido catalogado como tipo 122A, *El lobo (zorro) busca su desayuno*, tipo que incluye diversos episodios que, en ocasiones, pueden aparecer solos en la tradición oral. En la versión que acabamos de transcribir se pueden aislar distintos elementos, todos ellos perfectamente reconocibles en la tradición:

1) Al lobo, cuando sale a buscar comida, le cruje el rabo, lo que interpreta como una señal de buena caza. Eso le hace despreciar un oloroso pan recién horneado.

2) Una cerda ruega al depredador que le permita bautizar a sus lechones antes de devorarlos, y entonces lo empuja al río (Thompson⁵, K551.8).

3) Cuando el lobo va a comerse a una yegua y su potrillo, la madre le pide que le arranque una espina clavada en su casco. Entonces lo cocea (tipo 47B en la revisión de Uther, *El caballo cocea al lobo en la boca*; tipo 122J en el catálogo de A. Aarne y S. Thompson⁶).

4) Quiere el lobo después hacer de juez entre dos carneros que están litigando por unas lindes. Se coloca en mital del terreno y los carneros le embisten (tipo 122K*, *El lobo como juez*).

5) Entra en un gallinero pero lo sorprende la dueña, que lo castra.

6) Regresa a la guarida sin nada y su familia lo despide tras recriminarle su desidia.

7) Por fin, un cabrero le arroja un hacha y termina con las atribuladas lamentaciones del animal.

⁵ *Motif-Index of Folk Literature. A classification of narrative elements in folktales, ballads, myths, fables, medieval romances, exempla, fabliaux, jest-book and local legends*, 6 vols. (Copenhague y Blomington: Indiana University Press, 1955-1958).

⁶ *Los tipos del cuento folklórico. Una clasificación*, traducción de F. Peñalosa, Helsinki: Academia Scientiarum Fennica, 1995.

Este cuento esópico pertenece a la tradición literaria europea y la mayoría de sus elementos se encuentran en las antiguas colecciones de fábulas latinas⁷. Según Espinosa (III, 245-252)⁸, el tipo fundamental del cuento es europeo, pues se halla solamente en las versiones de los *esopos* del siglo XV en adelante y en la tradición moderna. En España se conserva con gran fidelidad el tipo esópico de los siglos XVI y XVII, por lo que, para Espinosa, no cabe duda del origen literario del cuento. Y además opina ewste eminente investigador que debe de tratarse de un cuento hispánico en su origen y formación, creado a partir de motivos esópicos.

La más antigua versión castellana del relato del lobo buscando comida está en el *Libro de Buen Amor*, estrofas 766-779. En este caso el lobo interpreta un estornudo (en las versiones tradicionales se trata de un pedo) como señal de buen agüero, de que hallará fácil y abundante comida, y desprecia un torrezno que encuentra (motivo *J344.3 del catálogo de Goldberg⁹, presente también en el *Esopete* medieval); a continuación el lobo es topado por dos carneros que lo han hecho juez de la disputa entre ambos para saber a cuál corresponderá el prado que heredarán de sus padres; y por último es arrojado al rodezno de un molino por una cerda, que finge estar bautizando a sus lechones. Falta por tanto el episodio de la muerte del animal a manos del hombre.

Respecto del cuentecillo de la espina en el casco, Rodríguez Adrados lo documenta en la fábula greco-latina: H198=M221 y H257, pues se lee en Esopo, 187, y Babrio, 122. También en las estrofas 298-303 del *Libro de Buen Amor* encontramos este relato (véase Goldberg, motivo K1121.1). En una variante del cuento el resultado es el mismo, pero el engaño del caballo consiste en hacer creer a sus enemigos que lleva una carta o credencial escrita en el casco (elemento B2 de Espinosa, cuentos 199, 200, 201 y 204). La versión completa del cuento relata cómo el burro se ausenta del parlamento de los animales y entonces el león envía al zorro y al lobo para que lo traigan. El burro alega que su título de exención o partida de nacimiento va en el casco y a continuación cocea a los emisarios reales. El catálogo de Camarena-Chevalier sólo ofrece una versión tradicional, la catalana

⁷ Véase F. Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina* (cuatro volúmenes). Madrid: Editorial de la Universidad Complutense, 1987 (utilizado especialmente el vol. IV: «Inventario y documentación de la fábula greco-latina», signatura M245).

⁸ A. M. Espinosa, *Cuentos populares españoles recogidos de la tradición oral de España* (tres volúmenes), Madrid: CSIC, 1946-1947².

⁹ Harriet Goldberg, *Motif-Index of Medieval Spanish Folk Narratives*, Tempe [Arizona]: Medieval

de Amades, *Rondallística*, 272. En cuanto a las versiones literarias, Rodríguez Adrados enumera versiones medievales de la fábula, bajo las signaturas M56 y M273. Ya en la *Disciplina clericalis*, n.º 4, leemos el cuento del mulo que interrogado por la zorra acerca de quién es su padre, contesta que el caballo es su abuelo para así encubrir su verdadero linaje (véase Rodríguez Adrados, M297 y cf. H285). No hay agresión contra la zorra. Esta versión del relato la siguió también Sánchez de Vercial en su *Libro de los ejemplos*, n.º 199 (128). Goldberg documenta el relato en su catálogo medieval como motivo *J2339. En la literatura áurea recoge el cuento Juan de Mal Lara en su *Filosofía vulgar*, X-30. Maxime Chevalier¹⁰ atestigua la presencia del relato en la literatura del Siglo de Oro (tipo 47B): *Fabulario* de Sebastián Mey (27) y Juan de Mal Lara, *Filosofía vulgar*, IV. También encontramos el cuento en el *Roman de Renart* XIX, La Fontaine (V, 8) y Grimm (86).

El episodio del animal castrado no aparece en ninguno de los catálogos folclóricos manejados. Pero también en este caso podemos aducir ejemplos, tomados del área murciana, que dan fe de su existencia tradicional, al menos en la zona referida. Así, lo encontramos en *Cuentos murcianos de tradición oral*¹¹, página 310 (versión registrada en Sangonera la Seca), como final del relato del animal que se hace el muerto para robar el pescado de una carreta (tipo 1). También en la colección registrada en el municipio de Torre Pacheco por Anselmo Sánchez Ferra¹² hay otra versión, con el número 15, donde aparece sólo el cuentecillo del lobo castrado. Además, en su estudio a este cuento (página 227), menciona el autor otra versión, inédita, recogida en Molina de Segura. Por último, mencionaré otra versión obtenida por mí en la pedanía murciana de Javalí Nuevo, ejemplar que aparece como principio del cuento del lobo o zorro que busca su comida (tipo 122A)¹³. Todo esto apunta a la existencia tradicional de este relato, al menos en la Región de Murcia, ya que no conozco otras versiones distintas a las murcianas que he citado. Propongo que se catalogue como tipo [62C], [*El zorro (lobo) castrado*].

& Renaissance Texts and Studies, 1998.

¹⁰ *Cuentos folklóricos españoles del Siglo de Oro*, Barcelona: Crítica, 1983.

¹¹ Elvira Carreño [et al.], *Cuentos murcianos de tradición oral*, Murcia: Secretariado de Publicaciones de la Universidad, 1993.

¹² «Camándula (El cuento popular en Torre Pacheco)», Número Monográfico de la *Revista Murciana de Antropología*, 5, 2000.

¹³ Puede leerse en A. Hernández Fernández, «Cuentos populares de la pedanía murciana de Javalí Nuevo», *Revista de Folklore*, n.º 289, p. 9.

Del cuento del lobo castrado podemos encontrar un precedente literario, aunque diferente, en la historia que se cuenta en la rama Ib del *Roman de Renart*, titulada *Renard tintorero y juglar*. Concretamente en los versos 2205-2750 se narra cómo Renard el zorro cae en una cuba de tinte; así, y simulando que chapurrea una lengua extranjera, no es reconocido por Ysengrín el lobo. Juntos van a robar una vihuela, pero cuando el lobo penetra en la casa y le entrega al zorro el instrumento musical por la ventana, el taimado Renard la cierra. Entonces el mastín de la casa castra de un bocado a Ysengrín, que más tarde será repudiado por esta causa por su esposa Hersent¹⁴.

Anteriormente, en la página 125 de *Memoria de una Arcadia*, había narrado S. Bautista otro cuentecillo que habitualmente forma parte como episodio del anterior aunque en este caso se relata como narración independiente:

Tenía —y tiene— el río sus leyendas y cuentos. Uno de los más celebrados por nosotros, niños al fin, era aquel de la zorra que cogieron descuidada en un gallinero de «El Secano», y al atontarla de un leñazo creyéndola ya muerta, mandaron a unos críos a que la echasen al río. Dicen que los pequeños comentaban de echarla sobre una bardomera, a lo que la raposa, como en las viejas fábulas, charlotera y astuta, iba comentando entre dientes: «Mejor así. Igual me da. Para Orihuela voy...».

Es el tipo 67, *El zorro en la riada*, del que se enumeran siete versiones hispánicas en el *Catálogo* de Camarena-Chevalier. A éstas hay que añadir las versiones murcianas referidas anteriormente del tipo 122A. También Rodríguez Adrados lo incluyó en su obra sobre la fábula greco-latina (H231) pues lo recogió Esopo, n.º 232. En la literatura española recrearon el cuento el fabulista Blanco, Fernán Caballero y Trueba.

* * * * *

También el cuento maravilloso y religioso, junto con la leyenda de tema sobrenatural, encuentran acogida en *Memoria de una Arcadia*. Así, leemos en las páginas 175-179 otro conocido relato tradicional, en este caso protagonizado por brujas:

¹⁴ Para conocer una completísima bibliografía actualizada de versiones orales hispánicas del tipo 122A, consúltese José Luis Agúndez, *Cuentos populares sevillanos (en la tradición oral y en la literatura)*, 2 tomos, Sevilla: Fundación Machado, 1999 (tomo I, pp. 128-130, estudio al cuento n.º 15: *Se ha de bautizar a los hijos*).

¿QUIÉN HA VISTO A LAS DAMAS BAILAR?
(Una leyenda de brujas)

Varios pueblos y pedanías de Murcia, entre ellos Alcantarilla y Llano de Brujas, entran en el área de la vana superstición de que por allí se las pasan las brujas a sus anchas. Nadie las ha visto —ni siquiera Caro Baroja—; pero lo cierto es que circulan leyendas orales que nos hablan de su existencia en otros tiempos. Todo, ciertamente, producto de imaginaciones enfermizas, pero que encajaron perfectamente en las largas veladas del invierno huertano.

Según las consejas y cuentos viejos, no se manifiestan nuestras brujas con la misma crueldad y virulencia que aquellas otras nórdicas, como las de los dramas de Shakespeare y Goethe, y ello es debido, al parecer, a que por aquí carecemos de aquellos climas brumosos y bosques espesos y misteriosos.

Alegres eran, por la información oral que yo conozco, nuestras brujas, y sólo hacían pícaras acciones o bagatelas de poca monta como aquellas de convertir la llocada de polluelos en piedras, o a la moza sacada en Día de Difuntos en cabra cerrera.

Otras leyendas sobre metamorfosis de personas y animales poblaron en otros tiempos la imaginación de niños y mayores, pero justo es decir en descargo de esta falsa creencia que a Llano de Brujas le viene su nombre por las arenas de su vecino el río Segura; arenas éstas llamadas brujas por su finura penetrante, y que en tiempos en que el río no aguantaba márgenes se hacían verdaderas dunas. Niño era yo cuando El Secano era en su mayor parte un montón de arena bruja, cuyas tahúllas han ido convirtiéndose poco a poco en fértiles tierras de naranjos.

Ahora no existen esas dunas, pero a poco se ahonde cavando, siempre se encontrará el huertano con profusas vetas de esta arena. De ahí el nombre de esta pedanía. Por eso, si alguna vez la leyenda inventó o nos trajo a través del tiempo que aquí en Llano de Brujas aparecían las damas —como galantemente se las llamaba— entre sus apacibles frondas de naranjos y limoneros, o en el cruce de cada camino vecinal o entre los huecos de las oscuras tejas morunas de alguna abandonada y vieja casa de labor, tiempo es ya de ir desechando esta absurda creencia.

Pero como la leyenda y el mito superan la realidad, el caso es que en esta pedanía de Llano de Brujas se comentan todavía hechos insólitos de brujerías y duendes. Una de las leyendas más interesantes es aquella de los vecinos, jorobados ambos e inquisosos que, medianeros de tierras, se tenían declarada la eterna guerra.

Uno de estos vecinos, llamado el «tío Vidal», cuentan que tenía relaciones con las damas. Gustaba al hombre regar de noche, a esas altas horas en que el ave nocturna turba el hondo misterio de la huerta con su espeluznante canto; e incluso aprovechaba las tandas de los demás huertanos para birlarles el agua.

En una de esas cálidas noches del otoño murciano, cuando los membrillos, los jínjoles y las manzanas tardías dejan el impacto de su profundo olor entre el paisaje huertano, salió el «tío Vidal» a regar sus hortalizas. Apenas llevaba unos tablares regados cuando oyó en la lejanía un estruendo de guitarras y laúdes que inundaban el lugar con sus extrañas y dulces músicas. Nada ni nadie veía el «tío Vidal», pero las músicas y los cánticos se hacían cada vez más presentes cantando a su alrededor:

Granaíco dulce,
granaíco albar,
¿quien ha visto a estas horas las damas bailar?

Mientras repetía el coro:

Quitemos la joroba
al tío Vidal.

Hagamos un hombre nuevo del tío Vidal.

Porque el «tío Vidal» era un viudo entrado en años al que su chepa y sus largas soledades lo aparentaban más viejo. Por eso, las damas, recordándole su viudez, una noche le cantaron:

¡Ay, maridito mío,
cómo nos perdemos;
tú, para nada;
yo, para menos!

Reconociendo en lo más tierno de la copla la voz de su difunta esposa. Pero esta noche, en medio de la algarabía y risas, se lanzaron sobre el jorobado tirándole hacia el cielo en una especie de suave manto, y arrancándole la chepa hicieron de aquel adefesio un hombre joven y atractivo. Muchos vecinos, entre admirados y temerosos, se hacían lenguas comentando el prodigio, pues les costaba creer lo que veían sus ojos.

El otro chepado, al ver a su vecino gallardo y desafiante, no pudo contener la envidia, que unida a su antigua vidriosidad, lo hacía ahora más intratable. Así las cosas y las intenciones, simuló estar regando otra hermosa noche con la esperanza de que también a él le librasen las damas de su abominable peso. Y volvieron las brujas; pero esta vez dispuestas a darle un chasco al mentido regador. Así que, entre músicas y cánticos, le acumularon la chepa del «tío Vidal» sobre la suya, ya de por sí abultada, por lo que anduvo el resto de su vida agriado por su defecto físico y las ironías y chanzas de sus malintencionados vecinos.

Tal vez esta leyenda tenga su moraleja —y de hecho, la tiene—, ya que corre en la huerta la máxima de que hay que llevarse bien hasta con el diablo, no sea que nos mande a sus demonios y nos enzanadillen, aguándonos la fiesta.

Así se nos contaban a los niños estas leyendas al calor de las buenas troncadas invernales, o en las eras, sobre la parva recién trillada, durante el buen tiempo del verano, mientras los grillos cantaban bajo el frescor de las matas y las ranas croaban a lo lejos zambullidas en las charcas y brazales huertanos.

Se trata de una versión, relatada en forma de leyenda, del tipo 503, *Los regalos de los enanos*, un cuento maravillosos protagonizado por brujas como donantes, personajes habituales en las versiones tradicionales hispánicas. El texto que reelaboró literariamente S. Bautista resulta particularmente interesante pues, hasta la fecha, no disponemos de otros ejemplares en la Región de Murcia. Sí hay, en cambio, bastantes versiones, populares y literarias, editadas en España e Hispanoamérica que fueron inventariadas, en 1995, por Camarena-Chevalier en su volumen de cuentos maravillosos (donde mencionan también algunas versiones judeo-españolas y portuguesas). A éstas puedo añadir las que se relacionan en los catálogos de Carlos González Sanz (Aragón)¹⁵ y Oriol-Pujol

¹⁵ *Catálogo tipológico de cuentos folklóricos aragoneses*, Zaragoza: Instituto Aragonés de Antropología, 1996. Y también, del mismo autor, «Revisión del Catálogo tipológico de cuentos folklóricos aragoneses: correcciones y ampliaciones», *Temas de Antropología Aragonesa*, 8 (1998), pp. 7-60.

(Cataluña)¹⁶.

Según Stith Thompson¹⁷, «este cuento apareció en el siglo XVII en la literatura de Italia e Irlanda. Anteriormente hubo un cuento literario árabe que data del siglo XIV, en el cual un demonio (*afrit*) quita la joroba y se la coloca al segundo hombre». Pueden consultarse más datos acerca de la difusión internacional del cuento en la *Enzyklopädie des Märchens*, tomo 5, 637-642.

Un poco más adelante (páginas 189-196) descubrimos un relato, bajo forma legendaria, de ambiente terrorífico e intervenciones sobrenaturales. Veámoslo:

LA NOCHE DE SAN JUAN
(Leyenda de pavor y de muerte)

Con acento misterioso y palabra apagada y profunda, contaba la abuela cómo murió aquel joven que una noche de San Juan quiso acostarse con su novia. Después de haber saltado sobre las crepitantes hogueras —la abuela era habilidosa para bordar la trama— y haber bailado a corro alrededor del rescoldo, todos los jóvenes del caserío se recogieron a sus casas. Pero Juan, solo y cabizbajo, caminaba desconcertado porque el diablo, que no duerme, ya lo había tentado en el más ardiente de sus deseos: el de acertarse con su novia en la cálida noche de San Juan.

Sabed, hijas, —proseguía la abuela— que en esa noche ocurren muchas apariciones y hay quien ve su propio destino reflejado en el espejo, si se atreve a mirarse, pues hay que asustar al miedo para llegar a tanto. Contaban que hubo quien se vio hecha una bruja en las espejeadas aguas de la acequia al resplandor de la luna; y otras que deseaban ver a su amante en el azogue del espejo, se vieron a sí mismas andrajosas y enlutadas y con una escoba al hombro. En esa noche de sortilegios y adivinaciones, muchas zagalas en edad de merecer quemaban la morada flor del cardo y la echaban debajo de la cama. Si a la mañana siguiente había florecido, es que el mozo en quien pensaban las quería. Algunas, coqueteando con el espejo, éste les devolvía la imagen de una cabra cerrera y pelicarda, causándoles un horror espantoso. Otras amasaban pequeños panecillos con unos papelitos en su interior donde iban escritos los nombres de sus posibles pretendientes y los esparcían en cualquier rincón de la casa. Después, palpando nerviosamente, tomaban uno al azar encontrando en él un nombre de muchacho al que, según la creencia, tarde o temprano, le gustase más o menos, unirían sus destinos.

Hay muchas leyendas como ésta, —agregaba la abuela— pero voy a continuar con la ya empezada, que oí siendo una niña, no sin erizárseme el pelo. Y la abuela, ahondando en su envidiable memoria, seguía diciendo:

—Aquella noche clara y cálida de San Juan, después de haber terminado la loca fiesta del fuego, vino una vecina de la misma edad, como todas las noches, a hacerle compañía a su amiga huérfana (porque, sabed, afirmaba la abuela, que esta es la leyenda de una honrada doncella). Mientras la huérfana revisaba puertas y echaba cerrojos, su otra vecina, de un modo casual, se puso a arreglar los flecos del cobertor, viendo moverse algo extraño debajo de la cama, reconociendo por el calzado y parte del pantalón mal ocultados, que el que allí se escondía era el novio de su vecina. Cuando la pobre huérfana volvió de asegurarse de la seguridad de su

¹⁶ Carme Oriol y Josep M. Pujol, *Índex tipològic de la rondalla catalana*, Barcelona: Centre de Promoció de la Cultura Popular i Tradicional Catalana, 2003.

¹⁷ *El cuento folklórico*, traducción de Angelina Lemmo, Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1972.

vivienda, encontró a su amiga que volvía a su casa. Alegó, para ello, que había olvidado unas cosas, que iba a recogerlas y que después volvería. Pero, en verdad, la muy mal intencionada, lo que pensó es que había un acuerdo entre su vecina y el novio, ocultándolo, por eso, debajo de la cama.

En vano esperó la pobre muchacha a su vecina durante muchas horas de la noche. Cansada de aguardar, decidió acostarse. Se sentó al borde de la cama y lentamente fue rezando una vieja y extraña oración que su difunta madre le había enseñado cuando todavía era una niña. Con sagrado y profundo recogimiento acabó sus jaculatorias con este sobrecogedor conjuro:

En la puerta de la calle,
el Señor y su Madre.

En la del corral,
la Virgen del Pilar.

En la cocina,
Santa Catalina.

En la ventana,
San Joaquín y Santa Ana.

En la cama,
el Señor enclavado.
Vamos a dormir,
todos sin cuidado.

Y apagó el candil, dejando la casa toda envuelta en oscuridad y silencio.

Poco tiempo llevaría acostada cuando Juan, saliendo callado y acechador como un felino, empezó a tantear por encima de las colchas lo que él creía el deseado cuerpo de su novia. Desde un principio entró en temores y sorpresas, ya que, al tacto, se le presentaban unos pies y unas rodillas duras y frías, cuando no rasposas como de corcho o cartón. Aquella falta de elasticidad y calor de vida, lo achacaba a su nerviosismo. Y siguió palpando. Conforme iba cuerpo arriba, le desconcertaba tanta fría rigidez. Llegó a la cabeza, ligeramente cubierta por la sábana, intentando acariciar sus facciones en medio de la oscuridad. Empezó por manosear un pelo frío y desmadejado; y conforme iba buscando el lugar de la nariz y los ojos, se pinchó con algo parecido a espinos o abrojos. Súbitamente, como inducido por una corazonada, encendió el candil y se puso a descubrir las sábanas del lecho donde se había acostado su novia. Y sus desorbitados ojos, desencajados por el espanto, pudieron ver tendido a lo largo de la cama a Cristo Crucificado, con sus llagas en pies y manos, con su lanzada en el costado y su corona de espinas y ese gesto lívido y frío de la muerte. Se había realizado el milagro:

En la cama,
el Señor enclavado.
Vamos a dormir,
todos sin cuidado.

De un manotazo apagó el candil y retrocedió atemorizado buscando la puerta de salida. En su instintiva huida alcanzó la puerta de la calle. Pero no pudo salir porque allí estaba el Señor y su Madre impidiendo la salida:

En la puerta de la calle,
el Señor y su Madre.

Salió precipitado hacia el corral; tampoco pudo salir porque en su gloriosa columna la Virgen del Pilar vigilaba la puerta:

En la puerta del corral,
la Virgen del Pilar.

Desnortado y ciego, se encaminó hacia la cocina y allí se tropezó a Santa Catalina montando su guardia envuelta en sus gloriosas palmas de martirio:

En la cocina,
Santa Catalina.

Entonces, como último recurso, se dirigió a la ventana, y cuál no sería su asombro cuando vio a San Joaquín y Santa Ana obstaculizando aquella última salida:

En la ventana,
San Joaquín y Santa Ana.

Con un temblor indescriptible, casi de inminente muerte, regresó de nuevo a la habitación donde su novia dormía convertida en Cristo Crucificado. Y todo seguía igual dentro de aquella casa: un asfixiante silencio y un coro de Santos y Bienaventurados vigilando sus puertas y ventanas. Se hacía milagro la oración y se cumplía en asombrosa realidad la invocación de la pobre y solitaria huérfana. Afuera, en la madrugada sanjuanera, ya cantaban los gallos, y Juan aún seguía en aquella casa aturdido por las visiones. En un nuevo y desesperado intento volvió a la puerta del corral, la que daba a los banales arbolados y espesos de sombra. Pudo comprobar con verdadero alivio que la Virgen del Pilar ya había desaparecido, franqueando la puerta.

Aprovechando las últimas sombras de la madrugada, cruzando quijeros y cañares, esquivando caminos, ya transitados a esas horas, atravesando sendas, pudo llegar a su casa sin que ningún vecino lo viera, donde su padre, en vela, ya lo esperaba varias horas.

—¿De dónde vienes a estas horas, hijo mío? —preguntó el padre.

—Vengo del pavor y de la muerte, padre, —contestó Juan.

—No bromees, hijo, ¿de dónde vienes? —insistió el padre cariñosamente.

—Padre, no bromeo; vengo a morirme —añadió Juan todo estremecido.

Que cierren la puerta y las ventanas de mi cuarto; que no pase nadie a verme, decía, mientras un frío sudor le inundaba el cuerpo y un temblor casi epiléptico lo tenía azogado. Se acostó, y volviéndose cara a la pared, no volvió a probar bocado. Cuatro o seis días estuvo debatiéndose con la muerte. Un día, con hilo de voz casi imperceptible, de tan apagado, llamó a su madre y le dijo que avisaran al cura, pues quería confesarse. Y vino el cura a darle el Señor. Por el camino tocaban una campanilla anunciando el Viático, mientras los labriegos del lugar, dejando momentáneamente su faenas, se descubrían y se arrodillaban a su paso.

Al entrar en la habitación, el cura pudo comprobar que el mozo estaba en las últimas. Una pequeña mesa cubierta con unos blancos manteles hacía de sencillo altar. Rosas y claveles formaban una pequeña guirnalda en el centro donde fue depositada la sagrada forma.

Con moribunda voz, durante la confesión, el muchacho dijo al párroco lo ocurrido la noche de San Juan en casa de su novia, advirtiéndole que la vecina lo había visto. Para evitar habladurías e infamaciones, le rogó al cura que dijese en misa mayor su confesión una vez que él hubiese muerto. Quería salvar, con esto, el buen nombre de su novia, pues hasta su lecho de

muerte se había filtrado el pérfido comentario que por boca de su antigua amiga corría por el pueblo.

Murió el pobre Juan. Y un hermoso domingo, en Misa Mayor, cuando estaban reunidos todos los feligreses, así lo dijo el cura ante la admiración de las gentes, que desde entonces miraron a la novia del infeliz muchacho como un dechado de pureza.

Todos los años, mientras vivió, llegado el día de San Juan, la abuela nos relataba esta leyenda o cuento.

Estamos ahora ante un relato impregnado de elementos moralizadores y religiosos. Ya Ralph S. Boggs¹⁸ lo catalogó en su momento como tipo *836G y mencionó las versiones asturianas de Ampudia y Cabal, y la n.º 94 de Espinosa. Precisamente Espinosa (II, 368) afirma en nota a su relato que «el cuento es evidentemente de origen tradicional, destinado a demostrar la gravedad del pecado de levantar falsos testimonios contra la virtud en la mujer». Sólo en este sentido puede relacionarse nuestra versión con la de Espinosa: en ésta una esposa consigue de Cristo que le devuelva a su marido muerto; pero con el tiempo se harta de él y empieza a contarle embustes sobre lo que hace cuando está fuera de casa. Al final, gracias al consejo de un cura, consigue que, escandalizado, desaparezca el marido cuando le dice que ella ha levantado falsos testimonios contra solteras y casadas. En cambio, las otras dos versiones asturianas mencionadas por Boggs son muy semejantes a la que comentamos, que sigue a la de Fernán Caballero, a su vez copiada por Luis Coloma.

Aarne-Thompson catalogaron este cuento como 836B*, aunque este número ha sido eliminado en la reciente revisión de Uther, probablemente por tratarse de un *ecótipo* confinado al área ibérica. Camarena-Chevalier añaden en su catálogo a los referidos los ejemplares mencionados por González Sanz en Aragón. Además incluyen una versión colombiana catalogada por Hansen (836*G) y otra portuguesa. Monserrat Amores¹⁹ da cuenta del relato en su catálogo de cuentos folclóricos en la literatura decimonónica y señala, además de las versiones ya mencionadas, dos cuentos, de Carlos Rubio y de Romualdo Nogués y Milagro, y una fábula de Doncel.

Otra versión tradicional, no incluida en los catálogos mencionados, es la n.º 94 del *Etno-escatologicón*²⁰, que presenta la variante de que el novio declara la verdad desde el

¹⁸ Véase su *Index of Spanish Folktales*, Helsinki: Academia Scientiarum Fennica, 1930.

¹⁹ *Catálogo de cuentos folclóricos reelaborados por escritores del siglo XIX*, Madrid: CSIC, 1997.

²⁰ Francisco R. López Megías y María Jesús Ortiz López, *Etno-Escatologicón. Tratado del hombre en cuclillas y en las camas del alto de la villa*, Murcia: ed. de López Megías, 2000.

principio: que no pudo salir de debajo de la cama porque se quedó toda la noche encerrado entre paredes. De ahí que falte la secuencia de la expiación del pecado de difamación cometido por el joven.

Ofrezco ahora otra versión todavía inédita, recogida en Mula por mis alumnas M.^a Dolores González Ibáñez y M.^a Encarna Piñero Ruiz a Josefa Gómez Ruiz:

[Reconciliación en la muerte]

Pues esto era una muchacha que vivía sola en un campo y tenía una vecina que se llevaba muy bien con ella. Y le dijo ella:

—Vecina, hay un chico que me quiere. Si tú quisieras me acompañarías cuando está conmigo y yo te lo agradecería mucho.

Entonces ella dijo:

—Bueno, sí.

Y ya cada vez que el muchacho venía, la vecina le hacía compañía, y así pasaba mucho tiempo.

Y ya un día que fue él a verla, era en invierno y estaban en la cocina; y cuando se hizo la hora de irse, él dijo:

—Bueno, buenas noches, que lo paséis bien.

Y en vez de irse le dio la mala idea de meterse en la habitación y se metió debajo de la cama. Y pensó:

«Me meto debajo de la cama y cuando esté durmiendo le doy un beso a mi novia y me voy.»

Y ellas no sabían ni media. Él se quedó allí y ellas en su cocina.

Llegó la hora de acostarse y la vecina dormía con ella; y se fueron a la habitación, se desnudaron para acostarse y entonces la vecina le dio las ganas de orinar. Sacó el orinal y al sacarlo vio al novio debajo de la cama. ¿Y qué pensó ella?: que la muchacha lo sabía. Y entonces le dijo:

—Me voy.

—¿Cómo que te vas? No me dejes sola.

—Si tú no tienes miedo.

—Sí tengo; no te vayas.

Y dice ella:

—No, no, me voy, me voy.

Y entonces la pobre lloró y se quedó triste, pero se acostó y rezó una oración que ella siempre tenía costumbre de rezar, que era:

*Con la cruz de Dios me encuentro armada;
con el manto de la Virgen, acobijada;
con la espada de San Bernardo, defendida.
San Bernardo me defiende en muerte y en vida.*

Se tapó y se durmió y pasó la noche en la gloria. Pero él a media noche, cuando vio que estaba durmiendo, pues dice:

«Voy a darle un beso y me voy.»

Se levantó y empezó a tocar así por la cara y no había más que madera, y era la cruz de Dios que le estaba guardando; luego le empezó a tocar más adentro y no encontraba ná más que ropa, y era el manto de la Virgen que le estaba guardando; fue a tocarle la cabeza para darle el beso: una

espada le pinchaba, y era la espada de San Bernardo. Y entonces él le dio miedo y se fue.

Y a otro día por la mañana pues ella se levantó tan fresca, tan tranquila, sin saber media palabra y salió a barrer la puerta. Dice:

—Buenos días, vecina. ¿Cómo has pasado la noche?

—Bien, gracias. Me quedé durmiendo cuando tú te fuiste y me he despertado pa levantarme.

—¡Ya lo sé, a ver si te crees que soy tonta! ¿Es que no sé lo que pasó anoche?

—¿Qué pasó anoche?

—Que tu novio estaba debajo de la cama y tú lo sabías.

—¡Oh, yo no lo sabía! ¡No digas eso, no me ofendas!

Y fue tanta la tristeza que le dio que se puso enferma. Y el novio, al ver que estaba tan enferma, fue al cura y le dijo:

—Padre, tengo que confesarme con usted.

—¿Pues qué pasa?

—Que tuve la mala idea de esconderme debajo de la cama de mi novia para darle un beso, pero la vecina me vio y ahora mi novia está muy enferma.

—Yo no puedo perdonarte ese pecado: tienes que ir a ver al Papa.

Entonces fue a ver al Papa en Roma y se lo contó. Y el Papa le dijo:

—Tienes que volver a tu pueblo y pasar la noche con la persona que se haya muerto ese día.

Cuando llegó a su pueblo y preguntó quién se había muerto esa noche, le dijeron que se había muerto su novia. Y él estuvo toda la noche allí con ella, velándola. A las doce ella se levantó y dijo:

—¿Qué hora es?

Y él le respondió que eran las doce. Entonces ella le dio una zafa de agua y le dijo a él que la tirara por el suelo: él la tiró. Y ella le dijo:

—Ahora recoge el agua que has tirado.

—No puedo.

—Pues yo tampoco puedo recuperar la honra que tú me has quitado. ¿Qué quieres?

—¿Yo? Morir contigo.

Entonces él se murió y al día siguiente, cuando fueron, se lo encontraron allí y lo enterraron.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Es importante destacar que las dos versiones murcianas —la mía y la de S. Bautista— desarrollan el motivo sobrenatural de la transformación del cuerpo de la muchacha en el de Cristo yacente en la cruz (o en objetos sagrados), con lo que se evita su deshonor. El motivo del agua derramada que no se puede recoger como metáfora de la honra perdida e imposible de recuperar, resulta común a la mayoría de las versiones.

El último relato folclórico que he localizado en el libro de S. Bautista (páginas 207-213) combina varios episodios que pueden también aparecer de forma independiente en la tradición. La parte fundamental de la narración cuenta la historia del cura difunto que, a causa de una maldición, no puede descansar en paz hasta que alguien le ayude a celebrar su última misa. Esa penitencia es impuesta, habitualmente, porque el cura no celebró una misa que cobró en vida. El protagonista le sirve de monaguillo y así lo libera de la maldición. Ocasionalmente (aunque aquí no es el caso) el joven recibe una

recompensa directamente o el difunto le dice dónde puede encontrar un tesoro o dinero. Por esta razón, el relato aparece a veces contaminado con el cuento del muerto agradecido (tipo 506)²¹. He aquí el texto:

DON OLEGARIO, EL APARECIDO

Nos contaba el abuelo que aquella madrugada fría, víspera de la fiesta de Todos los Santos, volvía Antón el Rico de depositar la novia, que había sacado esa misma noche, de casa de un pariente que vivía en una pedanía vecina, cuando en la iglesia parroquial sonó un doblar de campanas como llamando a misa de difuntos. Antón pensó que el cura había madrugado un poco más de lo acostumbrado para officiar la misa. Llevado de su devoción —porque Antón era muy devoto— -entró en la Iglesia. Pretendía con ello rezar arrepentido de la mala acción de haberse llevado la novia en la víspera de un día tan señalado como era el de Tosantos.

Empujó suavemente la puerta del templo, que crujió de una manera que a él le pareció extraña; y cual no sería su asombro al ver desierta toda la nave del templo y sólo, allá en el fondo, junto al altar estaba el señor cura inclinado sobre un viejo y voluminoso misal. Desde lejos le pareció que el cura era más pequeño y acartonado. «Serán imaginaciones mías» —pensó Antón el Rico, un tanto temeroso. Pero se llenó de valor y decididamente avanzó hacia el altar, donde el cura mascullaba enrevesados latines.

—Llegas a tiempo, Antón; necesito un monaguillo pues el sacristán duerme a estas horas. Me ayudarás a decir la Santa Misa —dijo al tiempo que volvía la cabeza hacia el lado donde Antón estaba. No pudo Antón contener el gesto de terror, pues no era el mismo cura que esos días regentaba la parroquia, sino el viejo cura Don Olegario, que hacía ya muchos años que había muerto y que él conoció de niño y lo había cristianado igual que a otros críos del lugar.

Estaba incorrupto y amarillo y rígido de facciones. Ante esta descarnada visión, Antón quiso retroceder pero le pareció irreverente salirse de la iglesia en presencia del señor cura. Y se inventó una estratagema para salir de aquel pavoroso templo, de aquella situación límite.

—Mire usted, Don Olegario, que me he dejado la puerta de la iglesia abierta; y observe la madrugada fría que está haciendo. ¿Puedo ir a cerrarla? —dijo Antón con la voz entrecortada y metida en el cuerpo por el pavoroso miedo.

Don Olegario asintió con la cabeza. Entonces, Antón, de soslayo, con pasos nerviosos y precipitados, se fue para la puerta con la intención de salirse. Ya estaba medio en la calle cuando Don Olegario, desde el altar, estiró una larga pierna que llegó hasta la puerta, dejando a Antón a la intemperie, no sin antes haberle apresado media blusa entre sus chirriantes hojas.

Espantado salía Antón vereda abajo cuando tropezó con un desconocido que viéndolo de aquel extraño modo le preguntó los motivos de su actitud despavorida. Entonces, Antón, un tanto aliviado, le contó lo de la novia depositada, lo del cura muerto y aparecido y lo de su larguísima pierna, tan larga como toda la nave del templo. El extraño, con voz cavernosa, dijo: «¿Sería tan larga como esta?» Y estiró una pierna que para la asustadiza imaginación del pobre muchacho llegaba a las laderas de los lejanos montes.

Atemorizado hasta del ruido de sus propios pasos, Antón siguió su camino. No había andado mucho cuando tropezó con una llocada de polluelos piando y picoteando las esparcidas briznas del suelo. Este hallazgo me halaga más —se dijo—. Y empezó a llamar —mini-mini— a los pollitos, que cogía de sus pequeñas alas y se los echaba al bolsillo. Confiado y un poco más alegre iba Antón cuando empezó a notar un peso insoportable en los bolsillos. Se metió la mano, y lo que eran suaves y cálidas plumillas de polluelos se le habían convertido en ricasas y frías

²¹ Lo que ocurre en una versión registrada por mí. Véase A. Hernández Fernández, «Cuentos populares en la pedanía murciana de Javalí Nuevo» (ob. cit.), pp. 17a-17b: *El alma del cura*.

pedras. Como quien se quita avispas, se las fue sacando, y al instante se convirtieron en un espeluznante bando de grajas graznadoras. Se le puso la carne de gallina. Caminaba huyendo de las sombras. Cualquiera roce con las ramas o el liviano ruido de la hojarasca, le hacía volver la cabeza a todas partes con la desconfianza propia del zullido por lo pavoroso e inexplicable.

No llevaría andados más de cien pasos, cuando triscando delante de él se le apareció un blanco corderillo. Pensó que estos indicios le traerían mejor suerte. Cogió el lechal y lo cruzó sobre su cuello como si fuera el pastor y dueño del cándido y solitario corderillo. Anduvo así, con esta liviana carga algún trecho. Por vez primera, durante toda la madrugada, se sentía plenamente contento. Notó que en el bolsillo aún le quedaban algunos tostones. Instintivamente se sacó un puñado y, arrimándose a hociquito, le dijo:

—Borreguito, ¿quieres tostones?

—¿Tiene tu novia así los dentalones? —contestó con ronca y empalagada voz el sorprendente animal. Antón el Rico volvió la cabeza al oír cómo hablaba lo que él creía un inofensivo cordero, y cuál no sería su asombro cuando pudo contemplar, todo estremecido, a un extraño engendro, mitad diablo, mitad macho cabrío con unos negros y encorvados cuernos y una lengua roja, de arrebatado fuego, asomándole burlescamente entre unos largos e incisivos colmillos. Haciendo corcovas y empinándose sobre sus patas traseras, el horroroso bicho se perdió entre la espesura de los huertos.

Su asombro y su miedo crecían juntos. Sin capacidad de reacción, no le salía la voz del cuerpo, le temblaban las piernas y apenas si podía adelantar un paso. Sacando fuerzas de flaquezas, siguió adelante. Su ansia por desembarazarse de aquella agobiante pesadilla le hacía acelerar el paso. Ya estaba cerca del pequeño cañal que atravesaba la landrona y que servía de atajo. Quiso pasar, pero una turba de apariciones le cortaba el paso. En el centro mismo del canal, el que pasaba el agua de un bancale a otro, danzaba y se contorsionaba en endiabladas cabriolas enseñando la lengua y dando gruñidos guturales aquel espeluznante aquelarre.

Sobrecogido por el espanto, retrocedió en busca de un paso estrecho que la misma landrona tenía un poco abajo y que Antón había saltado tantas veces. En precipitada huida iba recordando cuentos de brujas, duendes, fantasmas y aparecidos que cuando era niño contaban sus mayores al calor de la lumbre en las noches invernales. Y le vino a la mente aquella historia de la bruja que al mediar la noche abandonaba su cuerpo y se iba a bailar con otras por los caminos y campos mientras el marido azotaba vanamente el cuerpo sin ánima que le acompañaba en la cama. También recordó el de aquella otra que el esposo la dejó errante de por vida porque puso las tijeras hechas cruz sobre el cerrojo de la puerta. O el galope de un invisible caballo alrededor de la casa, sin dejar huellas de herraduras, en otra noche de difuntos, cuando él era niño y se reía porque su madre y sus tías y vecinas allí reunidas, rezaban un rosario a las benditas ánimas del Purgatorio.

Entonces lo comprendió todo; las *damas*, —con este galante nombre se las nombraba— las inveteradas brujas, las contumaces noctámbulas, las eternas viajeras de la noche, le venían siguiendo desde el instante mismo en que dejó a su novia depositada en casa de su pariente.

En estos pensamientos iba cuando llegó al paso estrecho. Y cuál no sería su terror cuando vio nuevamente sobre la estrecha senda las mismas apariciones que en el canal de riego. El espantoso aquelarre hacía extraños y horripilantes visajes en medio de la todavía oscura madrugada, mientras cantaba o coro:

«Tu alma condenada
pertenece al diablo.
Ven y haznos compañía:
nos está esperando.»

Y entre aquellas espantosas apariciones aún se le figuró otra más aterrante, y es que un gato, que él quería mucho, lo reconoció caminando entre aquella procesión de espectros. Lo cogió

entre sus brazos, pero pronto quiso acariciarlo cuando se le encrespó sacando unas agresivas uñas. Lo despidió de sí con violencia sobre las aguas del cauce, mientras decía: «Ahí vas, alma».

—Eso es lo que yo quiero: tu alma —habló el gato con voz cavernosa y endemoniada, mientras se zambullía en las frías aguas con un ruido envuelto en humo, como aquel que hace una troncada al apagarla con un caldero de agua.

Entonces recordó las santas palabras que su madre decía siempre para conjurar al enemigo invisible. E invocó con todas sus fuerzas:

—¡Ave María Purísima! ¡Jesús, María y José! ¡En el dulcísimo nombre de Jesús! ¡Líbrame, Dios mío, de estas terribles visiones!

Al instante mismo desaparecieron todos aquellos seres —si es que a tan fatídica turba podían llamarse seres— pudiendo llegar a su casa sano y salvo, Antón el Rico. Aquella misma semana se casó con brevedad, pues todo lo acaecido lo atribuía a que había sacado la novia en noche tan señalada.

Así terminaba el abuelo, con un tono de voz bajísimo, casi apagado, su temeroso cuento. A nosotros, los niños, no nos cabía la ropa en el cuerpo del pavor y del miedo. Luego, no queríamos ir a la cama. Y nos costaba tiempo reconciliar el sueño.

La primera secuencia del relato se corresponde con un tipo folclórico creado por Camarena-Chevalier en su volumen de cuentos religiosos: es el [760D], [*El monaguillo del alma del cura*]. A tenor de las numerosas versiones enumeradas por los dos máximos estudiosos del cuento hispánico, estamos ante una narración extensamente difundida en el mundo hispanoamericano y portugués. Como dije antes, a veces queda contaminada al final por el cuento del muerto agradecido, si bien la versión de S. Bautista continúa con una segunda secuencia que relata apariciones sobrenaturales de brujas y metamorfosis fantásticas de animales, todo como castigo divino contra el protagonista porque ha quebrantado el precepto religioso-moral de respetar sexualmente a la novia hasta el día del matrimonio. En concreto, hay dos episodios que aparecen con frecuencia en la tradición de manera independiente:

a) la leyenda del animal (habitualmente, cabra o cordero) transportado sobre los hombros que se transforma en demonio o bruja (Boggs, 831*B; A. Espinosa hijo²², cuentos 175-176), de la que se pueden encontrar numerosos ejemplares en la Región de Murcia;

b) la de los seres diabólicos que desaparecen cuando el protagonista nombra a Dios (tipo 817*, *El demonio huye cuando se menciona el nombre de Dios*). A las versiones de este tipo enumeradas en Camarena-Chevalier añádase la de *Murcianos (Aplicaciones Didácticas)*²³, p. 214, precedida de la leyenda anterior.

²² *Cuentos populares de Castilla y León*, dos volúmenes, Madrid: CSIC, 1987-1988.

²³ A. López Valero (coord.), *Cuentos Murcianos de Tradición Oral (Aplicaciones Didácticas)*,

En fin, como hemos podido comprobar, *Memoria de una Arcadia* alberga un hermoso tesoro de cuentos y leyendas tradicionales, reelaboradas literariamente por el autor, que han nutrido la imaginación de pequeños y mayores desde tiempos remotos. La inclusión de tales relatos en el conjunto del libro es uno de los muchos méritos (y no ciertamente el menor) de *Memoria de una Arcadia*, y un aliciente más para animar a quien no haya emprendido todavía la lectura de esta interesante obra.

* * * * *

Orientaciones para el aprovechamiento didáctico de los cuentos de *Memoria de una Arcadia* en la Enseñanza Secundaria

Soy profesor de Lengua y Literatura en la Enseñanza Secundaria y por ello he podido comprobar repetidas veces en mis clases las enormes posibilidades que los cuentos folclóricos nos ofrecen para motivar a los alumnos y despertar su interés por la literatura. Los textos de S. Bautista que aquí se han transcrito y comentado nos permiten realizar multitud de interesantes actividades en las clases de E. Secundaria, de las cuales voy a proponer unas cuantas sin ánimo de exhaustividad sino solamente con la pretensión de sugerir algunas posibilidades pedagógicas.

Por supuesto que una de las actividades más lúdicas que se pueden presentar es la de comparar los cuentos de *Memoria de una Arcadia* con otras versiones —tradicionales o literarias— que de ellos existen, como las que se han mencionado antes en el análisis de los textos. Así los alumnos observarán las diferencias de estilo, finalidad, detalles, etc., entre las distintas versiones y variantes de un mismo cuento. Pero a la vez descubrirán la misteriosa y admirable ley de la universalidad del folclore, es decir, de la pervivencia fundamental de temas, tipos y motivos (con variaciones de detalle) en narraciones de culturas y tiempos distantes.

Además —y éste es un aspecto importante sobre el que los recolectores y estudiosos del cuento folclórico no han volcado suficientemente su atención—, debemos atender en nuestro comentario y análisis, no sólo al enunciado de los cuentos (el texto),

sino también a su enunciación, es decir, al contexto comunicativo en que se transmite. Como acto de habla que es —y por tanto sujeto a la relación comunicativa directa entre un emisor y uno o varios receptores— el cuento es transmitido según una serie de pautas y condicionamientos culturales y sociales que es preciso considerar pues determinan en gran medida el enunciado emitido. Y por eso hemos de explicar a los alumnos las diferencias entre literatura oral y escrita, que emplean medios y recursos diferentes, aunque en esencia responden a idéntica necesidad primordial del ser humano por contar y cantar.

Los cuentos de S. Bautista no han sido recogidos directamente de los narradores orales, sino reelaborados por el autor, por lo que en rigor han de ser considerados como cuentos tradicionales sometidos a tratamiento literario. No estamos, por tanto, ante una antología de literatura folclórica en la que un recopilador recoge de viva voz los documentos orales y los transcribe literalmente para darlos a conocer: no era esa la intención del autor. Los textos reproducidos ofrecen un lenguaje cuidado que, aunque imita la cadencia, ritmo y hasta expresiones del habla popular, muestra una evidente riqueza léxica, sintáctica y retórica. Sin embargo, sí se han reproducido con bastante fidelidad las circunstancias ambientales y sociales en que esos cuentos se comunicaban. Hacia ese importante aspecto debemos dirigir la atención de nuestros alumnos.

En primer lugar, está claro que los narradores son miembros de la familia, principalmente los abuelos (aunque también se mencione, en una ocasión, a los padres), por lo que se confirma que la transmisión oral se realizaba la mayor parte de las veces en el ámbito doméstico. Las voces de los mayores llegan todavía vivas y cálidas a los oídos del escritor, y él nos las transmite con el temblor y emoción propios de los recuerdos de la infancia. Ante la venerable figura del patriarca de la familia, un coro de chiquillos ansiosos se regocija con las historias de siempre: unas veces se oyen risas, otras un expectante silencio; en ocasiones, muecas de indisimulado pánico dibujan los rostros de los pequeños... Pero siempre las palabras de los viejos infunden en sus agradecidos oyentes el sagrado misterio del mito, de los orígenes, de la vida.

S. Bautista ha hecho también alusión en sus relatos a los momentos del día y del año propicios a la noble tarea de contar. Y es principalmente la larga noche invernal (cálida gracias al alegre crepitar del hogar) la que ofrece, en forma de fantasía, su

bálsamo relajante a las penosas tareas de la vigilia: «Se nos contaban a los niños estas leyendas al calor de las buenas troncadas invernales...», afirma el autor, quien casi inadvertidamente ha sido transportado a los días de su infancia merced a la magia de las palabras. Aunque también sugiere la oportunidad del cuento en el descanso de las faenas agrícolas: «... O en las eras, sobre la parva recién trillada, durante el buen tiempo del verano...»

Importante es también la información que obtenemos a propósito de la narración de los cuentos en fechas señaladas del año. Así, el relato titulado *La noche de San Juan* se desarrolla en esta fecha mágica, cuando las brujas hacen de las suyas o las mozas celebran ritos mágicos para averiguar la identidad de sus futuros esposos. O la noche de Todos los Santos (*Tosantos*), momento terrorífico de espectrales apariciones en que Don Olegario, el cura muerto, oficia su macabra misa ante el joven que, infringiendo secular prohibición, se ha *llevado* a su novia en tan señalado momento. A la luz de estos ejemplos, parece que ciertos cuentos se decían en días concretos, cuando el efecto sobre la audiencia era mayor pues se confundían con creencias, supersticiones y ritos propiciatorios: «Todos los años, mientras vivió, llegado el día de San Juan, la abuela nos relataba esta leyenda o cuento», vuelve a decirnos el escritor al final de unos de sus relatos.

Y para no alargarme excesivamente, aludiré a la función social que estas narraciones desempeñaban: unas veces, meramente lúdica o humorística; otras, admonitoria, didáctica o transmisora de valores y normas morales aceptados por la comunidad; las más, una combinación de ambas. Lo cierto es que el cuento oral ha servido tanto de vehículo de transmisión de normas morales y de conducta como de válvula de escape de las tensiones y penurias de la vida cotidiana. Y lejos de constituirse en pasatiempo apto sólo para niños o iletrados (como comúnmente se ha creído), ha alimentado la imaginación de todos los seres humanos desde los albores de la civilización.

Voy ahora a proponer algunas (de las muchísimas) actividades que se pueden plantear en clase como complemento a la lectura y comentario general de los cuentos.

1) *Las desventuras del lobo al que le crujió la cola*

-Resumen del argumento y de los episodios que lo componen.

-Afirma el autor en la nota del comienzo que el cuento se lo contó su abuelo y su padre, y que él lo ha escrito «casi con las mismas palabras» que lo oyó. Matizaciones a esta afirmación: ¿está reescrito literariamente?

-Comparación con otras versiones, diferencias más acusadas: *Libro de buen amor* (estrofas 766-779 y 298-303), Esopo 187, La Fontaine V-8...

-Definición y explicación del concepto de «fábula» frente a «cuento».

-Identificación de Esopo y resumen de alguna de las fábulas de este autor que el alumno conozca. Invitación a la lectura de su obra.

-Relación entre los animales en las fábulas: animal depredador/víctima. ¿Quién suele triunfar y cuáles son sus recursos?

-¿Por qué cree el lobo que tendrá un buen día de caza?

-Buscar la palabra que significa «indicio de algo futuro». Escribir algún sinónimo de ella.

-Reproches de la loba al lobo. ¿Qué significa la expresión coloquial que utiliza la esposa? ¿En qué consiste lo cómico de la expresión?

-¿Predominio de narración, descripción o diálogo? ¿Hay algún monólogo?

-¿Moraleja explícita o implícita? ¿Merece el lobo el castigo?

-¿Se podrían añadir más episodios? Creación de otro que no aparezca en el texto.

-Uso de dialectalismos murcianos y, en general, de un vocabulario rico. Dependiendo de la competencia lingüístico del alumnado y del nivel académico en que nos encontremos, tendremos que trabajar el significado de más o menos palabras. Algunas de uso muy poco habitual son:

Arrapar: hurtar.

Bandullo: las tripas.

Emboriar: derivado de *boria* (metátesis de *boira*), niebla.

Esparabán: esparaván, tumor en la parte inferior del corvejón.

Gorgo: hoyo en el suelo de un río o acequia que ocasiona un remolino de agua.

Jopada: derivado de *jopo*, rabo.

Llozco: llosco, entre dos luces (murcianismo no incluido en el diccionario de la RAE).

Matalona: caballería flaca, endeble, con mataduras.

Modorro: soñoliento, ignorante.

Repullo: salto.

Robinera: decaimiento, herrumbre, se aplica a los enfermos (murcianismo no incluido en la RAE).

Usagre: erupción purulenta seguida de costras, sarna en los animales.

Ventear: olfatear.

Puede ser útil y divertido que los alumnos manejen algún diccionario del dialecto murciano, como por ejemplo el de Alberto Sevilla o cualquier otro. Encontrarán vocablos que no son simplemente vulgarismos y aprenderán a valorarlos. Tampoco pretendemos el efecto contrario de alimentar la creencia en una supuesta lengua murciana o *panocho*: huyamos tanto del purismo lingüístico como del estéril y falso nacionalismo lingüístico.

2) [*La zorra arrojada al río*]

-Buscar título para este brevisimo cuento.

-Vocabulario: *bardomeras*, broza que llevan los ríos o corrientes de agua (murcianismo).

-Resumen del argumento.

-Interpretación del comentario del animal ante su peligrosa situación: ¿dice lo que piensa?

-Relación, en cuanto a la moraleja, entre este cuento y una conocidísima fábula esópica protagonizada también por la zorra (*La zorra y las uvas*).

-En algunas versiones tradicionales, este relato se inserta como un episodio más del cuento anterior del lobo que busca comida. ¿Dónde se podría situar de manera que resultara coherente con el conjunto de la narración? (A continuación del episodio de la cerda que arroja al depredador al río mientras finge bautizar a sus hijos.)

3) *¿Quién ha visto a las damas bailar?*

-Introducción: cómo son las brujas de aquí, en qué se diferencian de las de los

países nórdicos y por qué.

-El relato viene subtítulo como leyenda. Diferencia entre este género y el cuento.

A tenor de las afirmaciones del autor, ¿se trataría de leyenda o cuento?

-Otros términos empleador en el texto para designar este tipo de relatos (consejas, cuentos viejos, mitos).

-Etimología de Llano de Brujas.

-Eufemismo con que se designa a las brujas.

-Información sobre Shakespeare (*Machbeth*, especialmente) y Goethe.

-Resumen del argumento del cuento.

-Moraleja del texto según el autor.

-Moraleja implícita (recibe severo castigo quien, movido por la envidia o la codicia, pretende burlar a brujas y seres sobrenaturales).

-Relación con otros cuentos con una moraleja semejante (por ejemplo, *Las Hadas*, de Perrault, o *El hacha caída al río*, tipo 729 en los catálogos internacionales de cuentos folclóricos).

-¿En qué fechas y situaciones se contaba el cuento y quiénes eran sus receptores?

4) *La noche de San Juan*

-Introducción: ¿qué hechos ocurren en la noche de San Juan, qué tiene de especial y por qué? Explicación de los ritos adivinatorios amorosos que practicaban las jóvenes.

-Buscar algún texto literario ambientado en esta fecha (por ejemplo, muchos romances, en especial el del infante Arnaldos).

-Resumen del argumento de la narración.

-¿Quién protege a la joven y qué sobrenatural transformación experimenta?

-Puede compararse la versión de S. Bautista con la otra que transcribí atrás y comprobar sus diferencias. ¿Cuál de las dos se ajusta más al gusto popular?

-¿Se contaba el relato en fecha concreta del año?

5) *Don Olegario, el aparecido*

-¿Cuándo ocurren los hechos que narra el cuento?

-¿Qué historias se solían contar en esa fecha? Mencionar algún texto literario que se base en idénticas creencias (*El monte de las ánimas*, de Bécquer, o *D. Juan Tenorio*, por ejemplo.)

-Resumir y explicar las dos partes de que consta el texto.

-¿Cuál es la causa de la aparición de tan terribles espectros? ¿Cómo se libra el protagonista de ellos?

-¿En qué consistía la práctica de sacar o llevarse a la novia y por qué se hacía?

-Estamos ante un cuento de miedo pero con algún rasgo humorístico con el que seguramente se pretendía asustar al auditorio (infantil). ¿Cuál?

Éstas son, sin ánimo de ser exhaustivos, algunas de las muchas cuestiones que se pueden debatir en clase. Es muy interesante también proponer a los alumnos un trabajo de recolección de cuentos y leyendas tradicionales. Deben grabarlos a sus familiares y después transcribirlos literalmente, anotando en una ficha los datos personales del encuestado. Los resultados son sorprendentes. Una vez transcritos, se leen los relatos en clase y así los alumnos se divierten y toman conciencia de la importancia de recuperar y conservar el patrimonio de la cultura oral.²⁴

²⁴ No detallo aquí, por no alargar excesivamente este trabajo, la metodología empleada por mí mismo en la recogida indirecta de cuentos a través de los alumnos de E. Secundaria. Los frutos están —en parte— a la vista gracias a dos antologías importantes que he podido reunir (en Albacete y Mula), de las cuales sólo una está editada: *Cuentos populares de la provincia de Albacete (recogidos por los alumnos del IES «Mixto Número Cinco»)*, Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses «Don Juan Manuel», 2001.